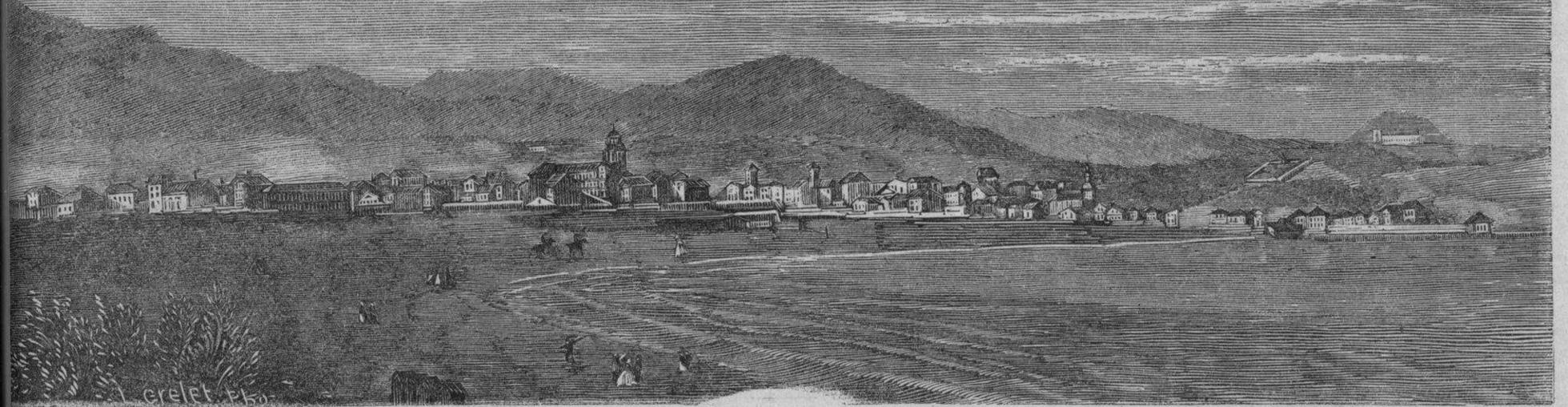


# El Periódico ilustrado.



S<sup>t</sup>. JEAN DE LUZ



Número 38.

DEL 26 DE NOVIEMBRE AL 3 DE DICIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.<sup>o</sup>



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.	— Seis meses 12 rs.	} UN NÚMERO 4 cuartos en MAERID. 5 cuartos en PROVINCIAS.
Provincias. . .	Un año 28 »	— Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 80 »	— Seis meses 50 »	

SUMARIO.—*Revista de la semana*, por Palacio.—*La muerte de César*, por Valentino.—*Guerra de Méjico*.—*La Academia francesa*.—*Ferías de otoño*.—*El gato y el raton*, por Caula.—*Historia del Oro*, por Puerta.—*En el album de Consueio*, por M. del P. Sinués de Marco.—*El diablo en el baile*, por Belza.—*San Juan de Luz*.—*Naufragio del vapor «Murillo»*.

LÁMINAS: San Juan de Luz.—Sala de escrutinio en las elecciones.—Combate entre mejicanos y franceses.—Ferías de otoño.—Academia francesa.—Naufragio del vapor *Murillo*.

## AVISO.

Como dijimos en el número anterior, nos hemos visto obligados a retrasar tambien el núm. 38.—Vencidas ya en parte las causas que lo han motivado, prevenimos a nuestros suscritores, que para regularizar otra vez el servicio repartiremos juntos los números 39 y 40, el domingo 10 del presente.

## OTRO.

El despacho de las Cuatro Calles se ha trasladado á la redaccion y administracion, Carretas, 8, 2.<sup>o</sup>

Nuestros lectores podrán proporcionarse tambien números en las librerías de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen; Moya y Plaza, Carretas; Kioskos y principales librerías.



VISTA DE UNA SALA DE ESCRUTINIO DURANTE LAS ELECCIONES.

## REVISTA DE LA SEMANA.

Un gran triunfo y una gran desgracia: hé aquí los dos sucesos culminantes de estos últimos días, cada uno de los cuales, aunque en sentido diverso, ha conmovido hondamente nuestra imaginación.

Empezaremos por el segundo, pues la desgracia tiene privilegios que todos estamos en el caso de respetar. Ventura de la Vega ha muerto. El discreto poeta, el elegante académico, el inimitable hombre de sociedad, ya no existe. Una enfermedad tan implacable como lenta le ha llevado al sepulcro á los pocos días de haber regresado á su hogar, y cuando se disponía á buscar en más benignos climas el momentáneo alivio que le hacía más llevaderas sus dolencias. Sus amigos guardarán de él eterna memoria: él en cambio, si pudiera por un instante volver á la vida, experimentaría á no dudar un gran consuelo. Ha sido la amistad la que ha endulzado sus últimos dolores, pero la amistad verdadera, heroica, que no reconoce límites en el sacrificio, porque para las almas nobles el sacrificio se traduce por deber. Digámoslo así en honra de D. Luis de la Escosura, y de su amable esposa, á los cuales ha cabido la triste satisfacción de recoger el último suspiro del autor de *El hombre de mundo*.

No tenemos espacio para hacer una biografía; pero no podemos resistir al deseo de publicar algunos apuntes sobre la vida del literato y el amigo cuya muerte lloramos.

Nació el Sr. D. Ventura de la Vega en Buenos-Aires el 14 de julio de 1807; fueron sus padres D. Diego de la Vega, peninsular, que pasó á aquella ciudad de contador mayor decano del Tribunal de Cuentas, visitador general de real Hacienda del vireinato, y doña Dolores Cárdenas, natural de aquel pueblo. A los cinco años de edad tuvo la desgracia de perder al autor de sus días. Su madre, celosa de su educación, y queriendo que esta se formase en la Península, lo mandó á ella, acompañado de un eclesiástico que había sido capellan de D. Diego.

Llegado á Madrid, estudió primero en San Isidro con los jesuitas, despues en el colegio de San Mateo, y últimamente con el erudito D. Alberto Lista, teniendo por compañeros á Escosura, Espronceda, Roca de Togores, y otros muchos que han compartido más tarde las glorias de su inmortal maestro.

Despues de haberse dado á conocer como notable poeta lírico, su afición al teatro, en cuya escena supo conquistarse como actor las simpatías y el aplauso, si no del público, de las más escogidas sociedades, le llevó á traducir y dar á conocer en España lo más notable del repertorio francés, mejorando más de una vez las producciones que arreglaba, y dando ya muestras de que podía aspirar á empresas más altas.

El número de sus traducciones y arreglos es infinito; nos contentaremos con citar los siguientes:

«El Juglar, Jacobo II, El rey se divierte, La mujer de un artista, Noche toledana, El hombre más feo de Francia, La segunda dama duende, El marido de mi mujer, El ambicioso, Marino Faliero, Una ausencia, Cazar en vedado, El Corsario, Bruno el tejedor, Lluven bofetones, Gaspar el ganadero, Máscara reconciliadora, Miguel y Cristina, Un ministro, Las capas, La vuelta de Estanislao, Mi honra por su vida, La escuela de los periodistas, La calumnia, El diplomático, Por él y por mí, El primito, El galán duende, Retascon, Marcelino el tapicero, El testamento, El castigo de una madre, El hijo de la tempestad, El héroe por fuerza, La sociedad de los trece, Memorias del diablo, Los perros del monte de San Bernardo, Un secreto de Estado, Los independientes, Perder y cobrar el cetro, Pozo de los enamorados, La familia improvisada, A muerte ó á vida, Memorias de un coronel, El Tasso, Un alma de artista, Mateo ó la hija del Espagnoletto, Otra casa con dos puertas, Shakespeare enamorado, Amor de madre, Jusepo el Veronés, Hacerse amar con peluca, Gastrónomo sin dinero, Una boda improvisada, El honor español, Acertar errando, Los dos solterones, Fabio el novicio, Quince años despues, Los partidos, La farsa, El tío Tararira, Fuego del Cielo, y multitud de juguetes y óperas cómicas.»

Entre sus obras originales descuellan *El hombre de mundo*, y *D. Fernando el de Antequera*, la primera de las cuales es un verdadero modelo de comedias. Ha escrito además una tragedia, *Julio César*, que la muerte le ha impedido ver representar, y cuyo estreno será un verdadero acontecimiento para las letras.

El Sr. Vega había alcanzado grandes distinciones y

ocupado elevados puestos; ninguno, sin embargo, más honroso para él que el que ocupaba en el aprecio de las gentes, y el que ocupará de hoy más en nuestra historia literaria.

Nos hemos estendido más de lo regular, y no nos arrepentimos de ello, pues en verdad el primer suceso de que hablamos al comenzar nuestra revista, consignándolo como un triunfo, vale la pena de que se le analice, y tarea es esta que llenaremos otro día. Por hoy baste decir que el héroe de ese triunfo ha sido nuestro querido amigo Luis Eguilaz, y los combatientes que han ganado la victoria *Los soldados de plomo*. No esperábamos otra cosa de tales soldados ni de tal general. Por otra parte, la ejecución ha sido de lo que suele verse muy poco, rayando Romea á la altura de sus mejores tiempos.

Ofrezcamos el tributo de nuestra admiración y nuestro aprecio al autor y á los actores, y demos gracias á la fortuna que, en medio de nuestra decadencia moral y política, nos hace olvidar las miserias y los dolores, halagándonos con la idea de un porvenir risueño, del cual han sido siempre precursores los poetas y los artistas.

M. DEL PALACIO.

## LA MUERTE DE CÉSAR.

## PASO TRÁGICO DE TEJAS ARRIBA.

¡Desdichada duquesa! Creí que no hallaría consuelo á su dolor.

Fué un golpe que la tuvo á las puertas de la muerte.

Y sin embargo, en el mundo se la había tachado de insensible!

¡Oh! Qué injusto es el mundo á veces!

Decían: «¿No sabeis? La duquesa!... Es una mujer sin corazón. Contrajo matrimonio con un hombre que la amaba de veras; pero ella no obedeció más que al interés. Por eso olvidó tan pronto á su marido, y se separó de él. ¿Hijos? Uno tuvo. Lo dió á criar, y en brazos de la nodriza se murió. No ha conocido nunca amigos íntimos; su corazón ha sido siempre de roca para la amistad, para el amor, para la familia, para los pobres.»

Esta era la reputación de la duquesa.

¡Que en su pecho no cabía un sentimiento dulce, apasionado!... ¡Si, como yo, la hubieran visto cuando murió César!

¡Qué de lágrimas corrieron por sus *apergaminadas* mejillas!

¡Qué de suspiros lanzó su hundido pecho!

¡Qué elegiaca elocuencia desplegaron aquellos labios en otro tiempo de carmin, y hoy semejantes á dos cecezas pasadas!

No hay que dudarle; la duquesa tenía un alma sensible, muy sensible, poéticamente sensible.

Si en todas las ocasiones no mostraba su sensibilidad, era porque no hallaba objetos dignos de su cariño; porque su corazón no había tropezado nunca con otro corazón que le comprendiera.

¡Pero cuando le halló!... ¡Oh! entonces fué el ver su ternura desbordarse á torrentes, como el agua contenida por una empalizada, al romper el obstáculo que se opone á su marcha impetuosa.

Cuando halló á César, su pecho se estremeció de gozo; su alma, dentro de su desconocida caridad, tembló de ventura, como los nervios al ponerse en contacto con una corriente eléctrica.

César realizaba el sueño de su vida.

Su mirada tenaz é inteligente leía en los ojos de la duquesa un tomo *in folio* de amor sublime é ideal.

A su vez la duquesa adivinaba en la mirada de su ídolo un mundo de misterios impenetrables para las almas vulgares.

Es que aquella mirada indefinible producía una fascinación, un vértigo espantoso, como el que se siente cuando uno se halla al borde de un abismo.

La duquesa no pudo resistir á aquella fascinación; amó á César con delirio, y su muerte causó el dolor más intenso que ha sufrido el alma de la duquesa.

Cuando hablaba de los encantos de César, ¡ay Dios! era cosa de ponerse el corazón más blando que una breva.

Aquel sér excepcional reunía todas las gracias, todos los atractivos que pueden seducir el alma de la mujer.

¡Qué elegancia en sus posturas! ¡Qué majestad en sus movimientos! ¡Qué flexibilidad en sus piernas!

¡Con qué gracia y coquetería pasaba su mano por detrás de la oreja, al rascarse! ¡Qué brillo en sus ojos! Y sobre todo, ¡qué suavidad en su lustrosa piel!

¡Lástima que no pudiera espresar los elevados sentimientos de su corazón!

El pobrecito César no hablaba.

Sin embargo, daba á conocer los movimientos de dolor y de alegría de un modo estremadamente conmovedor.

En sus gritos de desesperación había algo de la lira de Byron.

Sus apasionados y tiernos gemidos traían á la memoria *los tristes* de Ovidio.

Sus alaridos de triunfo recordaban la trompa del sublime Homero.

Cuando quería manifestar su amor, brotaban de su pecho sonidos tan dulces y cadenciosos, que talmente parecían un soneto de Petrarca.

¡César! ¡César! tu muerte será llorada siempre por los que tuvieron la fortuna de conocerte y, sobre todo, tu imagen no se borrará nunca del pensamiento de la inconsolable duquesa.

¡Pobre duquesa! me hizo derramar lágrimas cuando me refirió el fin trágico del amado de su alma.

Escuchad y estremeceos.

César vivía feliz y contento; nada le faltaba en el mundo.

La duquesa le satisfacía sus más ligeros caprichos.

Además de una comida abundante y de una limpieza esquisita, no dejaba nunca de tener entre los dientes algun terroncito de azúcar ó algun caramelo, como hacen nuestros oradores parlamentarios.

Las faldas de la duquesa eran su diván; sus besos el regalo de su corazón.

César podía decir lo que pocos; que en su vida había comido ratones.

¡Envidiable fortuna la de César!

Pero ¡ay! llegó un día (nunca tal llegara) en que á César le pareció monótona aquella felicidad.

Es verdad que los lazos que le sujetaban eran lazos de oro y de amor, pero al fin, dulce y todo la esclavitud iba haciéndose pesada.

Como aquellos reyes á quienes aboga el fausto y grandeza de la corte y envidian la tranquila independencia del pastor humilde, que exento de cuidados es rey de los campos y de las montañas, así César ahogado por los besos, mimos y contemplaciones de la duquesa, suspiró por la libertad de los tejados y de las buhardillas, donde, á falta de bizcochos y de azúcar, hallaría algun sabroso ratoncillo que engullir á la luz de la luna.

Ello fué que no pudo resistir á la tentación, y una noche, sin ser visto ni oído y andando de puntillas, abandonó el camarín de la duquesa que dormía á pierna suelta, se coló por una ventana abierta casualmente, tomó por asalto una cornisa, y desde allí, ¡zás! al tejado.

¡Momento de incomparable ventura!

César se veía libre, libre, completamente libre; respirando el perfumado ambiente de la noche, gozando de una perspectiva admirable y pudiendo pasear á su sabor sin cogines, sillones ni alfombras que impidieran su marcha soberana.

Repito: ¡momento de incomparable ventura!

No la siente mayor el desterrado que torna á ver la chimenea de su casita blanca, despues de largos años de emigración, ni el ardiente republicano que tras las ruinas de un trono, y entre las llamas del incendio ve aparecer el sol de la libertad; ni el miserable presidiario que, rompiendo el afrentoso grillete, vuelve á ser dueño de los bosques y de los caminos; ni el antiguo estudiante, en fin, que una vez terminado el curso, envolvía los libros entre los agujereados manteos, y á lomos de un macho de arriero llegaba á admirar los arabescos caprichos de la torre de su pueblo.

César estaba ébrio de felicidad, que, á no estarlo, ya hubiera visto que su posición no era tan alhagüeña como él se imaginaba.

Pero es un hecho que la felicidad embriaga y desvañece; y como César tenía sus ribetes de poeta, aunque jamás lo había manifestado, se entregó á la contemplación de los astros que salpicaban el cielo como una lluvia de brillantes, admiró la hermosa majestad de la noche, escuchó extasiado la deliciosa armonía con que llenaba el aire el eterno murmullo de las aguas, aspiró con ansia el perfume de los tilos y de las acacias, y todo esto le hizo olvidar que de una cornisa á un tejado se salta con más holgura, que de un tejado á una cornisa, y que en todos ó la mayor parte de los

casos, la entrada es más fácil que la salida; sencillísimos raciocinios que á cualquiera se le ocurren ménos á un poeta, y con doble motivo si el poeta pertenece á la raza á que César pertenecía.

Pasó un día, y fácil es adivinar el estado de la duquesa al comprender la fuga de aquel sér idolatrado.

Armarios, cómodas, alacenas, aparadores, todo género de muebles, los más escondidos rincones, la casa entera fué examinada general y detalladamente por la inconsolable duquesa, que recibió á disgusto por mueble, y á tanto ascendió el número de aquellos y de estos, que no pudiendo resistir más, la respetable señora dejóse caer en una butaca, exclamando con un acento desgarrador:

—¡Ha huido! ¡ha huido!

Mas no bien había pronunciado estas palabras cuando se oyó por las partes más elevadas de la casa un como gemido, que libremente podía traducirse de esta manera: ¡miaul! ¡miaul!

¡Mágicas exclamaciones que hicieron dar un salto á la duquesa, como si hubiera sido impelida por un resorte!

—¡Él es! ¡él es! gritó abalanzándose á la ventana. Hermoso mio, continuó, encanto de mis ojos, luz de mi vida, ¿cómo has tenido valor para abandonar á la que tanto te amaba? ¿He dejado nunca de ceder á tus más leves caprichos? ¿No has hallado en mi casa todo el regalo que podías apetecer? ¿Faltábase algo en mi compañía? ¿Qué motivos, pues, han originado tu funesta emigración?

César, desde el alero del tejado, no contestaba más que ¡miaul! ¡miaul!

—¡Oh! ya comprendo, decia la duquesa; estás arrepentido de tu crimen; deseas volver al abandonado hogar; pues bien, vuelve, vuelve y serás el consuelo de mi existencia; yo te perdono, vuelve.

Y César continuaba: ¡miaul! ¡miaul!

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Esto es horrible! ¡No puede saltar aunque quiera.... ¡Oh! yo haré que pongan una escala y él volverá.

Fué la duquesa en busca de la escala, y entre tanto César, con más desfallecido acento, no dejaba de decir: ¡miaul! ¡miaul!

A pocos instantes un criado de la duquesa colocaba una escala para poner en comunicacion la ventana con el tejado.

César, asustado al ver aquel mamotreto, dió un salto y se escapó precipitadamente.

La desesperacion de la duquesa llegó á su colmo.

Agotó el diccionario de su ternura para hacer entender á César el objeto de la escala; pero César no se daba por entendido, ni cesaba de prorumpir allá á lo lejos en su eterno: ¡miaul! ¡miaul!

¡Duquesa sin ventura! No había comprendido aun toda la terrible significacion de aquellos lastimeros quejidos. Juzgaba hijo del remordimiento lo que no era más que efecto de una indigestion.

Sí, una indigestion; porque el estómago de César acostumbrado á las confituras no pudo digerir un roncillo miserable, que aquel había tenido la imprudencia de cazar en los primeros instantes de su feliz libertad.

Todos los intentos vanos, todos los esfuerzos inútiles; por más medios que se pusieron en práctica para que el tránsito volviere á los patrios lares, solo se consiguió aumentar la inquietud de la duquesa y agravar un tantico el pícaro asma que le atormentaba.

Desde aquel instante César no pudo moverse de su sitio; la indigestion fué tomando proporciones colosales, y todos los síntomas hacian temer una catástrofe.

Al pobrecito una congoja se le iba y otra se le venia; de tal modo, que su continuo ¡miaul! ¡miaul! tomó tal espresion de angustia y de dolor, que las rocas hubiera ablandado, cuando no el sensible corazón de la duquesa.

Esta por su parte, convenciéndose de que ya no había remedio á la desdicha de César, determinó acostarse sin cenar, para entregarse al llanto con más desahogo.

Aquella noche fué horrible.

Considérese que el techo de la alcoba en donde la duquesa dormía daba cabalmente á la parte del tejado en que César luchaba con las ansias de la muerte.

De manera, que los más leves movimientos de César no se perdian para quien los escuchaba con el alma pendiente de un hilo.

La situacion era de prueba.

Encima de su cabeza, á unos cuantos piés de dis-

tancia, la duquesa sentia removerse al que había sido el objeto de todos sus cuidados, á aquel cuyo amor era el encanto de su existencia, cuyas gracias eran la dulzura de su corazón, cuya lengua, incomprendible para el mundo, era la música más suave y melodiosa que había regalado sus oídos. Y aquel sér adorado estaba á punto de morir, se revolcaba agitado por las últimas convulsiones de la agonía, y la duquesa, que le idolatraba, no podía salvarle, y para mayor tormento, estaba escuchando aquella voz querida que ahora exclamaba: ¡miaul! ¡miaul! encerrando en estos gemidos todo un poema de dolor.

La duquesa desfallecia por momentos; esto era muy superior á sus fuerzas.

Es cierto que había conservado casi una completa impasibilidad en la muerte de su marido, que había derramado algunas escasas lágrimas á la pérdida de su hijo; pero ¿qué era esto en comparacion de la horrenda desgracia que ahora le sobrevenia?

No, su resignacion no llegaba á tanto; la delicadeza de su espíritu no podía soportar un golpe tan cruel.

La pobre duquesa comenzó á sentir unos vértigos espantosos; la garganta se le había anudado de tal suerte, que apenas la dejaba espacio para respirar.

En sus oídos retumbaba, como un eco perdido, vago, flotante, el lejano ¡miaul! ¡miaul! del desventurado César, que andaba ya en los extremos.

Confundiéronsele las ideas; perdía el conocimiento por grados; creyó que el mundo se desvanecía en la inmensidad como el vapor de los lagos... ¡Oh! Aquello era horrible, horrible!... Las convulsiones de César apenas se percibian; sus gemidos se apagaban... Luego el imponente silencio de la noche prestaba á aquel cuadro un tinte de sombría majestad que espantaba...

De pronto, el techo se estremece; un ¡miaul! desgarrador retumba en el espacio... ¡Ay! Todo había concluido.

César acababa de espirar. La duquesa acababa de desmayarse.

Al día siguiente, la duquesa apareció con una fiebre que puso en peligro su existencia.

Desde entonces no hubo para ella consuelo en el mundo.

¡Desdichada duquesa! Y aun el mundo la tachaba de insensible!...

VALENTINO,

## HISTORIA DEL ORO.

Sus aplicaciones y modo de distinguir los objetos de este metal de los que se le parecen.

(Conclusion.)

El oro llamó mucho la atención de los antiguos, y lo mismo sucede con los modernos. Continúa siendo el metal más importante. En la antigüedad se le llamaba el rey de los metales: hoy es el rey de los hombres. En las entrañas de la tierra se descubre y se extrae y se busca con el mismo afán, con el mismo ahínco que antiguamente.

Los criaderos más ricos de oro se encuentran en el Nuevo-Mundo: en el Brasil, Chile, Méjico, Perú y Nueva Granada. En Europa existen arenas auríferas, pero son mucho ménos ricas que las que hay en América. En España hubo en otro tiempo minas de oro, y hoy solo se cree que haya arenas auríferas en los ríos Tajo, Sil y Darro, cuya última palabra se deriva de *Dau-ro* ó río de oro. Hace algunos años que se han descubierto en las Californias y en la Australia filones de cuarzo aurífero en tal cantidad, que hace sospechar baje el valor del oro. En la Hungría, Transilvania, y en los Montes Ourales, en Siberia, se encuentran también, aunque de ménos riqueza, minas de oro.

Se encuentra el oro casi siempre nativo, á veces completamente puro, pero lo más general es que contenga cantidades variables de plata. Generalmente se halla cristalizado en cubos ó en octaedros diseminados en masas de cuarzo: también se encuentra en laminillas, en pajitas ó ramificaciones, y á veces en masas aisladas que llevan el nombre de *pepitas*, de las cuales existia una de las mayores que se conocian en el Museo de Historia Natural de Madrid; y cuyo peso era de dieziseis libras, seis onzas y nueve adarmes. Procedia esta pepita de Nueva Granada, y fué robada juntamente con otra de platino hace ya algunos años, pero se reemplazó por otra procedente del mismo sitio de América, y cuyo peso es algo más de una libra. Se dice haber encontrado en 1842 en las arenas auri-

feras de Meask (Montes Ourales) una pepita, cuyo peso es de treinta y seis kilogramos.

El oro que se encuentra en las arenas, se extrae sometiendo á una corriente de agua bastante vaporada en un canal de madera estrecho: las materias terrosas son arrastradas por el agua y queda el oro separado. El oro de los filones se encuentra ordinariamente mezclado con cuarzo, pirita de hierro, blenda, sulfuro de antimonio, etc. En América todo mineral que contiene  $\frac{1}{30000}$  de oro se considera como explotable. Se extrae el oro de estos minerales por varios medios segun el estado en que se halle: unas veces basta la fusion del mineral, otras se calcina sometiendo á varias lociones, como se hace con las arenas auríferas, y cuando estos medios son insuficientes, se aplica el método de la amalgamacion, para lo cual se pulveriza el mineral, y se le mezcla con mercurio en molinos á propósito, y la amalgama que resulta se somete á la accion del fuego, para que marchándose el mercurio quede el oro. En casi todos los casos resulta el oro mezclado con plata, de cuyo metal se separa por medio de la copelacion.

Las propiedades especiales que posee el oro, le hacen muy estimable para los usos á que se destina. Un metal es tanto más apreciable, cuanto en mayor grado posea las propiedades de maleabilidad ó reducirse á láminas delgadas, de ductibilidad ó reducirse á hilos, la de no oxidarse al aire, y no ser atacado por los diferentes reactivos. El oro, bajo este punto de vista, es el primero, lo cual unido á lo raro que es, y su hermoso color amarillo, hace que siempre haya sido el más estimado, el de más valor y que los antiguos le consideran como el metal más perfecto de todos.

El oro es el metal más maleable y dúctil: pueden hacerse hojas de oro que tengan  $\frac{1}{100}$  de milímetro de espesor, y cinco centigramos pueden estirarse de tal manera que se forme un alambre de 462 metros de longitud. Es también muy tenaz, puesto que un alambre de  $\frac{3}{5}$  de milímetro de diametro, puede sostener sin romperse ocho kilogramos. Se funde á la temperatura de 1100° del termómetro de aire, y á una temperatura muy elevada llega hasta volatizarse. Al aire no se altera, ni en estado seco ni húmedo, propiedad que le hace apreciable para varios usos, así como la de no ser atacado por los ácidos nítrico, sulfúrico y clorídrico; pero el ácido nítrico mezclado con el clorídrico, forma un líquido que disuelve al oro; por cuya razon recibe este líquido el nombre de agua real ó régia.

Estas propiedades que presenta el oro, le hacen muy apropiado para la construccion de objetos de lujo, de monedas y otras aplicaciones industriales. El valor que se da al oro, no es ficticio y de puro convenio, sino que realmente vale más que otros metales y sirve para ciertas aplicaciones que otros no servirian.

Los usos á que se destina el oro, son para objetos de lujo, para la fabricacion de la moneda y para dorar otros metales, haciéndoles parecer de oro. La medicina también ha sacado partido de este metal, usándole como medicamento, y la fotografía le emplea bajo la forma de cloruro para fijar las imágenes.

El oro que está constituyendo los objetos, jamás es puro, sino que suele alearse con plata ó cobre para aumentar su dureza, porque el oro puro es muy blando, y esto seria un inconveniente para la fabricacion de objetos y monedas. La cantidad respectiva que llevan de oro y cobre, se llama ley de la moneda, de vajilla y de joyas: varía la proporcion segun puede verse en el cuadro siguiente, en el cual se indica la tolerancia que la ley concede.

	LEY.	TOLERANCIA.
Moneda.	$\frac{900}{1000}$	$\frac{2}{1000}$
Medallas.	$\frac{916}{1000}$	$\frac{2}{1000}$
Alhajas.	$\left\{ \begin{array}{l} 750 \\ 1000 \\ 840 \\ 1000 \\ 920 \\ 1000 \end{array} \right\}$	$\frac{3}{1000}$

Las onzas de oro que corresponden á los años comprendidos en 1772 y 1778, tienen mayor cantidad de oro que las que le siguieron; y de aquí el aumento de valor que tienen en el comercio. El oro con la plata

## GUERRA DE MÉJICO.

El presente grabado representa uno de los últimos combates verificados en Méjico, entre las tropas francesas y los partidarios de Juárez. Afortunadamente estas sangrientas escenas, estos encarnizados combates han cesado; y la prudencia, el talento, la marcha política eminentemente liberal y conciliadora del emperador Maximiliano, va cicatrizando poco á poco las profundas heridas que la guerra ha causado. Abrigamos la lisonjera esperanza de que antes de mucho tiempo Méjico será un imperio rico y floreciente, y que estinguídos los odios que la guerra civil ha suscitado, volverá á su antiguo esplendor, cobrando nueva animacion y nueva vida su industria y su comercio, paralizados durante una lucha fratricida, que tantos desastres ha causado por espacio de algunos años.

## FERIAS DE OTOÑO.

Los dos magníficos grabados que aparecen más abajo representan dos ferias en dos puntos distintos del vecino imperio; la una en Nimes, que se halla al Mediodía de la Francia, y la otra en un pueblo de Normandía, que se halla al Este. Generalmente en las capitales y cabezas de partido de Francia se verifican cuatro ferias al año, algunas de las cuales son muy concurridas y tienen una gran importancia por las transacciones comerciales que en ellas se verifican. Nuestras ferias de Sevilla, Almagro, Valladolid, Pamplona, etc., pueden dar á nuestros lectores una ligera idea, pues tienen muchos puntos de comparacion con aquellas.

La de Nimes es célebre por su gran tráfico de granos, así como las de los principales pueblos de Normandía por el ganado. Los magníficos troncos de yeguas y caballos que arrastran en la Fuente Castellana los lujosos trenes de nuestra aristocracia, proceden en su mayor parte de aquel país, donde hay un particular esmero por el perfeccionamiento de las razas, lo cual les produce pingües resultados.

El dibujo de las preciosas láminas, que con este motivo ofrecemos hoy á nuestros lectores, es un esmeradísimo trabajo del célebre artista Bourdelin, que es una especialidad en esta clase de obras.

## LA ACADEMIA FRANCESA.

La primera lámina de la última página del periódico, representa una sesión de recepción de un académico, y nuestros lectores pueden formarse una idea de lo que es esta ceremonia y del aspecto que presenta el local en que se verifica, con solo detenerse á contemplar el precioso dibujo de Mr. Jacob.



UN COMBATE EN MÉJICO Y FRANCESES.



UN DIA DE FERIA EN UN PUEBLO DE NORMANDIA (Este de Francia.)

De pie, en el centro de sus colegas, leyendo su discurso, aparece el académico electo. A su izquierda y sentados aparte, se ven los tres miembros que forman la mesa presidencial. El presidente, es decir, el que debe contestar al nuevo elegido, se halla colocado en el centro de la mesa entre Mr. de Villemain, secretario perpétuo de la Academia, y Mr. Octavio Feuillet, canceller de la misma. Los individuos que aparecen sentados al pie de la mesa presidencial, son los ugieres; y la gran balaustrada que un poco más bajo se observa, frente á la estufa, es la barrera que separa al público del recinto que ocupan los académicos y algunas señoras, que por una distincion especial disfrutan de este privilegio.

## EL GATO Y EL RATON.

Un gato perseguía  
Sin descanso á un raton, y cierto dia  
Que lo halló en un estrado,  
Le echó encima la zarpa de contado.  
El gato, al ver la presa ya segura,  
Pueriles pasatiempos se procura;  
Y sin darle un momento de reposo,  
Con su victima juega caprichoso:  
Ya finge que le deja,  
Y le coge otra vez por una oreja;  
Ya en el cuello le hinca el fiero diente  
Cual si fuera á engullirlo de repente,  
Y malgasta entre tales diversiones  
Tiempo para cazar veinte ratones.  
Entre un aquí te pilló, allí te dejó,  
Se encontró el micifuf ante un espejo,  
Y vió en él reflejado  
Otro raton como el que está á su lado.  
Ligero cual el viento,  
Y moviendo la cola de contento,  
Sobre el cristal se lanza el mentecato,  
(No era diestro en ardidés el tal gato),  
Creyendo que el raton que allí asomaba,  
No era el mismo raton con que jugaba.  
Este, que por lo visto,  
Era animal mas listo,  
Por la puerta entornada  
Mientras tanto emprendió la retirada.  
Así el gato pagó su inadvertencia  
Quedándose á la luna de Valencia.

Muchas veces el hombre que seguro  
Tiene en su mano un duro,  
Obedeciendo á una comun manía,  
Lo cambia por papel de lotería...  
Y obtiene un resultado  
Como el que obtuvo el gato del estrado!

REMIGIO CAULA.



UN DIA DE FERIA EN LA PLAZA DE NIMES (Mediodía de Francia.)

forma varias aleaciones, que los plateros llaman *oro amarillo, oro pálido, oro verde y electrum*.

El gran valor que tiene el oro, hace que al tomar un objeto se procure saber la ley que tiene, ó sea la proporción de oro y cobre que existe en la aleación. El método que usan los plateros es el de la *pedra de toque*, que consiste en hacer en esta piedra una raya con el objeto que se quiere ensayar, y comparar con otras rayas hechas con aleaciones conocidas, y por el color que presenta y por el modo de compastarse con un líquido compuesto de ácido nítrico, con 2 por 100 de ácido clorídrico, se viene en conocimiento del título de aleación. Este método es aproximativo nada más, y cuando se quiere hacer con más exactitud, se copela una porción del objeto.

Los objetos que tienen la ley marcada, se consideran como buenos; pero hay una porción de aleaciones conocidas con los nombres de *similar, metal dorado, doublé*, objetos recubiertos de una capa de oro, etc, que pasan para los que no lo entienden como si fueran de oro. Vamos á dar una idea para reconocer si un objeto es de oro ó si es falso.

Mucho se ha discurrido para hacer parecer de oro tanto las monedas como las alhajas, ya aleando diferentes metales, de cuya unión resulta un color amarillo parecido al del oro, ya recubriéndoles de una capa de oro, y ya otros que la suspicacia de los falsificadores les ha sugerido. Ahora recordamos, que una casa inglesa tomó en América una gran partida de pepitas por valor de muchos millones, y despues se encontraron al ir las á fundir para hacer barras, que era otro metal, á pesar de que la forma era exactamente igual que la de las pepitas de oro, con el mismo color y hasta con la tierrecilla que suelen tener adherida. De un platero sabemos, que tomó varias alhajas, limándolas con el objeto de examinar el polvo resultante, y á pesar de que eran falsas, las tomó por oro, porque la lima estaba hueca, y dentro de ella habia introducido el vendedor polvo de oro, que el platero creyó ser el desprendido de los objetos que compraba.

Sin embargo, á pesar de todo, nada hay más fácil que descubrir si un objeto es de oro, lo cual está al alcance de todos, con solo tener ácido nítrico ó agua fuerte.

Si es una aleación de cobre y zinc que se parezca por su color al oro, como el metal llamado similar, de lo que hacen las cadenas falsas, sortijas y otros objetos, no hay más que echarlos una gotita de agua fuerte y en seguida les ataca, tomando el líquido un color verde, al paso que, siendo oro, el ácido nítrico no hace nada, lo mismo que si se echara una gota de agua clara. Hay, sin embargo, aleaciones que llevan cierta cantidad de oro, como el *doublé fino*, y el ácido nítrico no les ataca al pronto, pero si se calienta un poco, produce su efecto el ácido, disolviendo los metales extraños y quedando el oro sin atacar. En estas esperiencias, si no se quiere inutilizar el objeto, se raya en la piedra de toque, y se echa sobre la huella que dejan los objetos ácido nítrico, pero no hay necesidad de esto, teniendo cuidado de no tocar mas que con el tapon mojado de ácido y limpiarlo bien en cuanto se vea que es atacado el metal. Si el objeto está dorado no sirve el ensayo indicado, porque siendo oro la primera capa, el agua fuerte no le ataca, y en este caso es necesario morder un poco con unas tenacitas y examinar el interior con el ácido.

Las monedas no se falsifican nunca con aleaciones, porque resultaria una limitación grosera, que el ojo menos esperto descubre al momento, tanto por el color, como por el peso y el volumen, en caso de tener el mismo peso que la moneda verdadera. Las monedas mejor imitadas y que pasan muchas sin apercibirse el público, las fabrican con una lámina de platino, que tiene huecos en forma de espiral, los cuales se rellenan de plomo, estaño y despues se recubre todo él con una capa general de oro, que se suelda al platino: si los moldes están bien hechos es muy difícil descubrir el fraude, porque la moneda tiene el mismo aspecto que las verdaderas y la densidad es la misma, es decir, que tiene el mismo peso y volumen que las buenas. Para conocer estas monedas, en caso que los relieves no se diferencien de las verdaderas, no hay mas que deshacerlas para descubrir en el interior el fraude, golpearla con un martillo para que salte la capa exterior de oro, ó tratarla con agua fuerte muy concentrada y en caliente, que ataca bien pronto á las juntas del oro con el platino.

Por último, tanto las monedas como las alhajas, suelen falsificarlas disminuyendo la ley, es decir, añan-

diendo mayor cantidad de cobre de lo que está permitido, lo cual se reconoce como dijimos antes con el ensayo de la piedra de toque, ó mejor por medios químicos, por copelación, ó bien tratando una porción del objeto con ácido nítrico ó sulfúrico en caliente, que disuelve el metal extraño, que es ordinariamente el cobre y queda el oro intacto. De esta manera se descubre el fraude y se averigua la cantidad de oro y de metales extraños, pesando en una balanza el oro que no es atacado por el ácido.

G. PUERTA.

## EN EL ALBUM DE CONSUELO.

No escribiré de tu nevado libro  
En la primera inmaculada hoja,  
Frasas bellas y dulces, mi Consuelo,  
Que te espliquen las gracias que atesoras.

Tu espejo te dirá todos los días,  
Con elocuente voz, que eres hermosa,  
Que la luz del talento arde en tus ojos,  
Que grata risa de tus labios brota.

Pronto te envolverá con densas nubes  
El humo abrasador de la lisonja,  
Y pronto el mundo tenderá á tu planta  
De perfumadas flores rica alfombra.

¡Es tan bella tu edad! Los quince abril  
Se miran en tu frente encantadora:  
Alegres juegan en tus negros ojos,  
Palpitan en la risa de tu boca!

Permítele á mi amor algun consejo  
Pues que tu madre con los justos mora  
Y llegas al umbral de la existencia  
Sin que te ampare su sagrada sombra.

Por más que las afirme verdaderas,  
No creas del ateo las utopias:  
El que adora á su Dios lo sabe todo:  
Quien niega su poder todo lo ignora:

¡Dios es la eterna luz! ¡Dios el consuelo!  
¡Dios es el que castiga, el que perdona!  
¡Dios la augusta verdad! ¡La poesía  
Es un rayo esplendente de su gloria!

No te asombren los triunfos de los malos:  
Les queda la conciencia acusadora:  
Si el vicio acaso se levanta altivo,  
Amargo fruto su soberbia logra.

No desgarres tu velo de inocencia:  
Envuélvete en su gasa misteriosa,  
Y ciñate el amor en los altares  
De castas flores virginal corona.

No inclines sin amor al matrimonio  
El blando cuello en obediencia loca,  
Que hay que tener el alma enamorada  
Para ser buena madre y buena esposa.

Consuela á los que sufren: las mujeres  
Sabemos aliviar á los que lloran:  
Lauros hay, en la ciencia, para el hombre,  
Y palmas, en la guerra, de victoria.

Mas la mujer, en su retiro oscuro,  
Dando culto á virtudes silenciosas,  
Siendo el ángel guardian de su familia,  
Tambien alcanza verdadera gloria.

Las lágrimas que sequen tus consuelos,  
El ángel de tu guarda en una copa  
Recogerá, y en perlas transformadas  
De ellas te formará rica corona.

No te admires de hallar en tu camino  
De los dolores la terrible sombra:  
Este es nuestro destierro: Dios nos guarda  
En su reino otra patria más hermosa.

Si te abrumen las penas de la vida,  
El santo auxilio de tu madre invoca,  
Que el alma de tu madre desde el cielo,  
Por tu dicha vigila cariñosa.

Y de esta suerte, como el blanco libro  
Que yo he abierto con mi pluma tosca,  
Del libro de tu vida verá el mundo  
¡Sin sombra alguna las nevadas hojas!  
(Octubre de 1865.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MÁRCO.

## EL DIABLO EN EL BAILE.

(Conclusion.)

Así pues, á aquel sombrío ischvostchik de la barba roja, cuyo carruaje habia ocupado Gospodin, debia ser uno de estos asesinos, porque en vez de tomar la dirección indicada, es decir, la que conduce al monumento de Alejandro que se hallaba situado frente á frente del palacio de invierno, encaminó el carruaje hacia Nove-Mort, y atravesando el puente de hierro,

tomó la dirección del cementerio denominado de Wasily-Ostrow. Indudablemente aquel bribon alimentaba siniestros proyectos, y si la persona á quien conduce no hubiese empezado á dormitar imprudentemente, habria observado que el conductor sacaba de debajo de su caftan un hacha pequeña, cuyo filo provó en la uña de su dedo pulgar; habria sorprendido igualmente una mirada traidora que por encima del hombro dirigió sobre el desconocido á quien conducia, probablemente, á una muerte cierta.

Por fortuna, Gospodin Tchort, á pesar del cansancio del baile, y el efecto narcótico de una noche tan fria, no se habia quedado completamente dormido; se hallaba sí, en uno de esos momentos en que el hombre se abandona á los embriagadores ensueños de la imaginación, por manera que no se apercibió de la dirección que tomaba el carruaje.

¡Despiértate, imprudente soñador, abre tus ojos porque estás más cerca de tu última hora que el enfermo de Bizancio! Despierta, porque la muerte se cierne sobre tu cabeza: el asesino detiene de pronto su trineo en la esquina del solitario cementerio, y volviéndose sobre su asiento blande su hacha sobre su cabeza!

Fetizmente, Gospodin ha abierto los ojos, ha seguido con la vista todos los movimientos del cochero y en el momento en que este con voz ronca le grita «*Dámé tu bolsa ó eres muerto*,» Gospodin, más rápido que el pensamiento, con una presencia de espíritu superior á toda reflexión, impulsado como por un resorte de acero, se pone de pié sobre el trineo, coloca su careta sobre el rostro, tira sobre el asiento su abrigo y su capucha de pieles, y aparece en su traje de lucifer más terrible á la luz de la luna y blandiendo su ferrado tridente, que al resplandor de las mil luces del baile, «*Y tú dame tu alma*,» le contesta con estentórea voz, colocando su mano sobre el hombro del asesino.

—¡Tchort! ¡Tchort! el diablo, grita aterrado el ischvostchik, y cae rodando desde su asiento á los piés del caballo.

Gospodin entonces desciende del trineo y dando un puntapié al ischvostchik: «*Levántate, perro*» le dice con aire de autoridad.

Peró el cochero permanecia insensible. Gospodin se inclinó, quiso levantarle cogiéndole de un brazo, pero el cuerpo y el brazo volvieron á caer sobre la nieve frios é inertes: puso una mano sobre su corazón y el corazón no latia; examinó su rostro y la luna se lo mostró lívido y rígido, con los ojos fijos y la boca abierta. En una palabra, el asesino estaba perfectamente muerto. El miserable, imbuido de un terror supersticioso, habia creído sin duda en una aparición sobrenatural. Se imaginó ver al demonio que le habia tendido un lazo para castigarle de sus crímenes, y el terror hizo en su atribulado espíritu el efecto del rayo.

Un personaje más tímido que Gospodin Tchort, hubiera echado inmediatamente á correr, poniéndose en salvo, porque en Rusia es una cosa muy seria y muy peligrosa hallarse, por casualidad, en la calle con un muerto ó un herido. Guardaos bien de apresuráros á levantar del suelo á un hombre que haya sido atropellado por un carruaje; mucho menos intentéis salvar á uno de vuestros semejantes que se ahoga; no trateis de auxiliar á un herido que halleis en la calle, aunque este herido sea vuestro hermano. Estos deberes son privilegio esclusivo de la policía y si estais bien con vuestro dinero y con vuestra tranquilidad, dejad este cuidado á los agentes de aquella institución, los cuales no os perdonarán nunca si os entrometeis en sus atribuciones.

Otro hombre que Gospodin, se hubiera visto, en semejante circunstancia, bastante apurado, pero nuestro demonio, por lo visto, no se apuraba por nada, é inmediatamente tomó su resolución. Gospodin estaba dotado de una fuerza hercúlea; cogió al asesino en brazos, y lo arrojó en el fondo del trineo, y ocupando el asiento del cochero, tomó las riendas y arreó al caballo. Era un espectáculo semi-horrible, semi-fantástico, ver á la claridad de la luna el extraño grupo de un hombre con la máscara de diablo, envuelto en su magnífico capoton de pieles, conduciendo un trineo, sobre el cual reposaba el cadáver de un ischvostchik barbudo, con los ojos cristalizados y cuyos brazos y piernas casi arrastraban por la nieve.

¿A dónde se dirige ese carro de la muerte? ¿Es á las orillas del Neva para abrir el hielo con el hacha del asesino y sepultar en el rio un cadáver que la corriente arrastrará mañana hasta el golfo de Filandia? ¿Se dirige tal vez á los bosques de Ladoga ó á las ruinas

del último incendio, bajo cuyos escombros se pueden ocultar veinte cadáveres sin temor de que la policía los descubra? No; el conductor infernal se dirige tranquilamente á la *Suzume lineè*, puesto el más cercano, ó sea estacion de la policía, y jugueteando con la fusta para avivar la marcha del caballo, tararea, por distraerse, uno de los motivos más conocidos de la opera *Roberto el Diablo*.

Pasa por delante de una ó dos casillas de madera, donde se albergan los *boutotsniks*, guardas de noche, armados de alabardas; uno de estos, medio dormido, le ha dado el «¿quién vive?» y ha sido contestado «Amigo» Gospodin sigue su camino.

Por fin viene á detenerse delante de la puerta de la estacion de policía. En el dintel hace centinela un agente, que á la vista de un trineo tan estrañamente cargado y tan originalmente conducido exhala una especie de gruñido con el que demuestra su sorpresa. Fiel á los instintos de su profesion, el agente hace un movimiento como para prender, por medida preliminar, al individuo bastante audaz que se permite conducir en trineo un cadáver; pero Gospodin Tchort desciende de su asiento, aparta de un empellon al agente de policía que se le aproxima, y con voz entre dulce é imperiosa le dice: «Axenti Ivanovith, traslada ese cadáver á una de las habitaciones interiores, y veamos inmediatamente al Mayor de policía.

—Mi nombre es Fodor, señor mio, respondió el agente; pero y vos ¿quién sois?

—Quien á tí no te importa; obedece y calla.

Positivamente el que habla está acostumbrado á ser obedecido; en la entonacion de su voz hay alguna cosa particular y estraña, que al que la escucha le obliga á la obediencia, puesto que el centinela, sin más réplicas, calla y obedece, y se dirige á despertar al Mayor, que se presenta con un pañuelo bastante sucio rodeado al cuello, y el uniforme medio abrochado sobre su chaleco de franela rayada.

—¿Qué quiere decir esto? pregunta el Mayor restregándose los ojos y sin ocultar su mal humor, por haber sido interrumpido en lo mejor de su sueño.

Gospodin, sin esperar á que se la ofrezcan, coge una silla, y se sienta, sin más cumplimientos ni ceremonial; en seguida, con frases lacónicas y precisas, refiere su aventura del trineo y del cochero; explica lo que significa su trage, y cuenta todo lo ocurrido desde su salida del baile. En tanto que Gospodin habla, el Mayor de policía se ha despertado completamente; hace con la cabeza un movimiento de incredulidad, y mojando su pluma en un tintero, empieza á garrapatear algunos renglones sobre una especie de libro-registro que se encuentra al alcance de su mano.

—Bonita historia, dijo con una espresion de escepticismo de las más marcadas; ¿y pensais que yo soy tan necio, que voy á creerlo? En primer lugar, voy á mandar que os pongan un par de grillos, y despues os haremos sufrir un interrogatorio. A ver, Fodor, inmediatamente, que venga el cirujano y el escribano; otro que traiga los grillos, y tú, Miguel Prosperovith, arranca la careta á ese hombre.

—Detente, dijo Gospodin al soldado que avanzaba hácia él; pero con un acento terrible é imperioso. Mayor de policía, sois un asno, añadió, y además de asno, un funcionario indigno, que desconoce y falta á sus deberes. Miradme ahora.

Esto diciendo Gospodin, se quita la careta. Un rayo que hubiera caído á los piés del mayor y de los dos soldados les hubiera causado ménos espanto. Es positivo que si Gospodin no hubiera sostenido al jefe de policía por el brazo, indudablemente este da con su cuerpo en tierra.

—Que inmediatamente se haga la autopsia de ese cadáver, añadió Gospodin; ese hombre indudablemente debia tener alguna lesion interior, para que la muerte se haya verificado tan instantáneamente. Que me traigan otro trineo para volver á mi casa; no quiero servirme de ese: vendedlo, igualmente que el caballo, y que su importe se distribuya entre los pobres.

A los pocos momentos apareció en la puerta el trineo del Mayor, sobre cuyo asiento estendió este su más rica pelliza. Gospodin volvió á colocar sobre su rostro la careta, se envolvió en su abrigo de pieles con capucha, y previno al cochero le condujese al monumento de Alejandro, frente á la Mala Militona. El cochero hizo chascar su látigo, y partió al galope.

—Fodor Nicolaievitch, dijo el Mayor de policía con

tono severo, cuando el desconocido [hubo desaparecido; me parece, maldito perro, que no has mostrado á la persona que acaba de desaparecer todo el respeto que le es debido; me parece igualmente que á tu torpeza deberé un severo castigo: en su consecuencia, y como es justo que tu tambien sufras parte de la pena, esta mañana á las ocho recibirás ochenta latigazos, que te serán administrados por el cabo de guardia.

Despues de haber pronunciado esta severa sentencia, el Mayor bostezó, encendió un cigarro, y volvió á tenderse en la cama; pero, como es natural, ya no pudo reconciliar el sueño.

A las ocho, y precisamente en el momento en que el pobre Fodor empezaba á recibir su leccion de etiqueta, el *yemstshik* que condujo á Gospodin á su destino volvió á la estacion de policía.

—Ese caballero á quien he conducido debe ser un gran señor, dijo; tal vez algun ayudante del emperador, porque despues de haberme dado un billete de cinco rublos para beber, le he visto entrar en el palacio de invierno, y el centinela que estaba en la puerta se ha inclinado ante él con estraordinario respeto.

La autopsia del *ischvostchik*, hecha por el cirujano de la policía, demostró que el miserable padecía hacia mucho tiempo de una aneurisma. La emocion sufrida le causó la muerte instantánea al creerse en presencia de Lucifer. Nada más verosímil, segun la ciencia lo explica.

La aventura del máscara y el cochero no fué referida, como sucede con otras muchas, en los periódicos de San Petersburgo; era muy natural. En aquella época, en Rusia la censura era muy severa; pero todo el mundo tuvo conocimiento del suceso, y nadie ignoraba quién era el Diabolo del baile, ó lo que es lo mismo, *Gospodin Tchort*.

J. BELZA.

## SAN JUAN DE LUZ.

Hace tres siglos próximamente y en en el fondo de una pintoresca campiña, vecina de la Gascuña, y precisamente entre Bayona y Fuenterrabia, se elevaba una pequeña ciudad industriosa y comercial.

Esta ciudad se llamaba entonces San Juan de Luz, nombre que conserva hoy dia, pero nadie ha podido averiguar ni en qué época fué fundada, ni el nombre de su fundador, ni la etimología de su propio nombre. Para encontrarla, no pocos filólogos consultaron cien volúmenes y multitud de pergaminos ininteligibles, sin que sus investigaciones dieran resultado alguno, ni siquiera poder averiguar el por qué al nombre de San Juan va unido el de Luz. Algunos creen que se deriva del *lux* latino; pero dejando esta cuestion en el estado en que la encontramos, lo que sí podemos afirmar es que ya en aquella época San Juan de Luz era de una gran importancia marítima, y que por espacio de muchos años fué el primer puerto comercial de Labourde.

Cuando Leonor de Gujena contrajo matrimonio con Enrique II, duque de Normandía y rey de Inglaterra, San Juan de Luz formaba parte del feudo que la princesa llevó en dote á su real consorte. Mas tarde Carlos VII arrebató esta ciudad á los ingleses y la concedió muchos privilegios, por lo cual su industria y su comercio fué adquiriendo de dia en dia mayor importancia. Los españoles, que no podian ver con indiferencia en su frontera una ciudad tan rica y floreciente, y que á su modo de ver perjudicaba á sus intereses el desarrollo de su industria y de su comercio, la tomaron por sorpresa en el año de 1558, y despues de haberla saqueado é incendiado, la abandonaron en seguida.

Los vascongados volvieron á reedificarla, y los españoles volvieron á incendiarla en 1636, pero con una rapidez asombrosa, y sin perdonar sacrificios, sus habitantes, que pasaban entonces de 14.000, emprendieron de nuevo la obra de reparacion y construccion, y consiguieron al cabo de muy pocos años que San Juan de Luz volviera á adquirir su primitiva importancia, tanto, que en su arsenal se construyeron un centenar de buques tripulados por 3.000 marinos, tan expertos como valerosos.

Como resultado de todo lo precedente, en el año de gracia de 1660 la ciudad de San Juan de Luz llegó al apogeo de su reputacion, la cual se aumentó considerablemente en el susodicho año, por la circunstancia de que, habiéndose firmado las paces entre Francia y España, y firmado el tratado del Pirineo, vinieron á honrar á San Juan de Luz S. M. el rey Luis XIV de Francia, y Su Emma. el Cardenal ministro Julio Mazzarino á recibir á S. A. Maria Teresa de Austria, hija de Felipe IV, rey de España, y prometida esposa de S. M. Cristianísima.

El matrimonio con la princesa española se celebró el dia 9 de junio de 1660, en la iglesia metropolitana de San Juan de Luz. Cuando los reales esposos hubieron partido, el Consejo municipal hizo tapiar la

puerta por donde habian pasado S. M. el rey y la nueva reina de Francia; y fué tanto el regocijo y entusiasmo que causó en el pueblo este matrimonio, que por espacio de muchos dias fué celebrado con fiestas costosísimas.

En el año de 1669 se publicó el decreto de alistamiento forzoso para la marina del Estado, y desde esta época empezó á decaer la importancia comercial de San Juan de Luz, que vió diariamente disminuir su comercio por la falta de brazos y capitales, que le eran continuamente arrebatados. Así que, andando el tiempo, San Juan de Luz en 1865 es solo una cabeza de partido que cuenta, segun el censo de poblacion, con 2.793 habitantes; este hermosa y altiva ciudad, que se lisonjeaba en otro tiempo de ser un segundo Paris, y que con razon podia estar orgullosa por las glorias de su pasado.

En el dia, su aproximacion á Biarritz hace que sus baños de mar sean poco frecuentados; sin embargo, los habitantes de San Juan de Luz esperan, y con sobrada razon, pues títulos y condiciones tienen para ello, que andando el tiempo, su ciudad rescatará muy pronto el esplendor perdido, y será una de las estaciones de baños y de recreo más favorecidas por las personas elegantes y de buen gusto.

## NAUFRAGIO DEL VAPOR «MURILLO.»

El vapor *Murillo*, uno de los buques que hacen la carrera desde Sevilla á Lóndres, salió el jueves 2 del mes proximo pasado á las ocho de la noche de Graves-tein, desembocadura del Támesis, con rumbo al Guadalquivir, llevando á su bordo su correspondiente práctico.

Segun la relacion que tomamos de nuestros colegas más autorizados, el desastre marítimo ocurrido al citado buque, y del cual damos la reproduccion exacta en uno de nuestros grabados, tuvo lugar de la manera siguiente:

«Pasóse la noche sin novedad, pero á las cuatro y tres cuartos de la mañana, encontrándose el buque casi á la altura de Dover, punto donde aquel debia retirarse, el transporte de guerra francés *Dix Decembre*, embistió al vapor *Murillo* por el centro del costado de babor. El choque fue tan terrible que causó una averia irreparable al *Murillo* más abajo de la linea de agua destrozando por completo los dos botes que tenia en el lado ofendido.

El primer golpe de vista bastó al inteligente capitán D. Pascual Marc, para comprender la magnitud del daño y la entidad del riesgo; así es, que dispuso sin pérdida de tiempo se preparasen los dos únicos botes que quedaron sanos; y como el buque siguiera haciendo agua é inundándose por momentos, procedió á embarcar en uno de ellos al pasaje con la necesaria dotacion de marineria.

El capitán, á quien no podia ocultarse la gravedad del peligro, ni lo crítico de la situacion en que se hallaban, quiso hacer el último esfuerzo para salvar al *Murillo*, y dando muestras de gran presencia de ánimo se quedó á bordo con ocho tripulantes, pero tan generosa conducta no podia librar al vapor de la triste suerte que le estaba deparada; el agua entraba en cantidades inmensas, invadia la bodega á torrentes y arrastraba al buque al fondo del mar.

Todo era inútil y en conciencia no debia pensarse más que en ganar los momentos para no ser víctimas de una imprudencia tan temeraria y estéril como lo fueron las anteriores pruebas de arrojo. Se pensó en el otro bote, más la desgracia hizo que los golpes de mar le arrebatasen, llevándose con él la última esperanza.

Nueve hombres, incluso el capitán, se hallaban sobre cubierta, sin medios para eximirse de una muerte cierta: el barco crugia bajo sus plantas, y lleno de agua por completo, seguia sumergiéndose, y estaba próximo á desaparecer de la superficie del mar. Solo quedaba un recurso, no para salvarse, si no para prolongar por algunos minutos la existencia; ese recurso era subir á la jarcia del palo mayor, y así se hizo sin perder tiempo. El capitán y los marineros se hallaban en una posición angustiosa; el *Murillo* se hundió del todo, y pronto no quedó fuera del agua más que el trozo de arboladura donde apenas podian sostenerse los nueve naufragos, que por única tabla de salvacion veian á sus piés el abismo aguardándoles impaciente para entregar sus cuerpos á la voracidad de los peces.

Por fin llegó una ola á poner término á la catástrofe; desapareció el aparejo como habia desaparecido el *Murillo*: el capitán y los marineros se abandonaron á sus ya gastadas fuerzas, echándose á nado, y de seguro hubieran perecido todos á no acudir el buque francés, origen del siniestro, con sus botes, que recogieron á cinco tripulantes y al capitán: el práctico de Lóndres y los dos fogoneros no pudieron ser habidos, por lo que se supone que perecieron ahogados.

Tanto la tripulacion salvada como los pasajeros, hacen los más espresivos elogios del capitán Marc, de sus excelentes disposiciones, de su serenidad en el peligro y del valor con que se mantuvo en su puesto constantemente.»

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 42, principal.



RECEPCION DE UN ACADÉMICO EN LA ACADEMIA FRANCESA.



NAUFRAGIO DEL VAPOR *MURILLO* Á LA ALTURA DE DOVER.